

EL MENSAJE
HONORÉ DE BALZAC

Siempre he tenido deseos de contar una historia sencilla y verdadera que llenase de espanto a un joven y a su amante, haciéndoles refugiarse mutuamente en sus respectivos corazones, como niños que se abrazan estrechamente al encontrar una serpiente en la linde de un bosque. A riesgo de disminuir el interés a mi narración, o de pasar por un fatuo¹, empiezo por anunciaros el propósito de mi relato. Yo desempeñé un papel en este drama casi vulgar: si no os resulta interesante, tendré, al menos, tanta culpa como la verdad histórica. Muchas cosas verdaderas resultan soberanamente aburridas. Por eso, la mitad del talento consiste en escoger entre lo verdadero aquello que puede llegar a ser poético.

En 1819 iba yo de París a Moulins. El estado de mi bolsillo me obligaba a viajar en el cupé de la diligencia². Ya sabéis que los ingleses consideran que los asientos situados en esta parte aérea del coche son los mejores. Durante las primeras leguas del camino encontré mil excelentes razones que justificaban la opinión de nuestros vecinos. Un joven, que me pareció que era un poco más rico que yo, subió, por gusto, a sentarse a mi lado, y acogió mis argumentos con sonrisas inofensivas. Una cierta conformidad de edad y de ideas, nuestro mutuo amor por el aire libre y por los ricos paisajes que descubrimos a medida que el pesado

¹ Lleno de presunción o vanidad infundada y ridícula.

² *Cupé de la diligencia*: compartimento situado delante de la baca, en la parte superior del carruaje.

coche avanzaba y, por otra parte, cierta magnética e inexplicable atracción, hicieron nacer poco a poco entre nosotros esa especie de intimidad momentánea a la que los viajeros se entregan con tanta mayor complacencia por cuanto que ese efímero sentimiento parece que tiene que cesar pronto y no establece entre ellos compromiso o lazo alguno para el porvenir. Aún no habíamos recorrido treinta leguas cuando ya hablábamos de mujeres y de amor. Con todas las precauciones oratorias exigidas en semejante caso, se trató, como es natural, de nuestras amantes. Jóvenes ambos, no nos dedicábamos aún más que a la mujer de cierta edad, es decir, a la mujer que se encuentra entre los treinta y cinco y los cuarenta años. ¡Oh! ¡Si un poeta nos hubiera escuchado en cualquier posta a partir de Montargis, hubiera recogido expresiones pícaras, arrebatadores retratos y muy gratas confidencias! Nuestros temores púdicos, nuestras silenciosas interjecciones y nuestras vergonzosas miradas tenían una elocuencia cuyo sencillo encanto no he vuelto a encontrar ya nunca. Sin duda, es preciso seguir siendo joven para comprender a la juventud. Nosotros nos entendimos a las mil maravillas en todos los puntos esenciales de la pasión. En primer lugar, empezamos por dejar sentado que no había nada más estúpido en el mundo que un acta de nacimiento; que muchas mujeres de cuarenta años eran más jóvenes que algunas de veinte, y que, en definitiva, las mujeres no tienen nunca más edad que la que aparentan. Este sistema no ponía límites al amor, y nosotros nadábamos de buena fe en este océano sin límites. Por fin, después de

haber hecho a nuestras amantes jóvenes, encantadoras, fieles, condesas, de buen gusto, graciosas, finas; después de haberles atribuido unos pies bonitos, un cutis satinado y hasta ligeramente perfumado, confesamos, él, que la señora tal tenía treinta años, y yo, por mi parte, que adoraba a una cuarentona. Acto seguido, libres ambos de una especie de vago temor, reanudamos nuestras confianzas con más franqueza al ver que éramos colegas en el amor, e indagamos en quién de los dos sentía una pasión mayor. Uno había hecho una vez doscientas leguas para ver a su amante una hora. Otro se había arriesgado a saltar una tapia de un parque y a recibir un tiro para acudir a una cita nocturna. En fin, nos contamos todas nuestras locuras. Si se encuentra siempre un placer en recordar los peligros pasados, ¿no es también delicioso recordar los placeres extinguidos? ¿No es esto gozar dos veces? Los peligros, las dichas grandes y las pequeñas..., nos lo contábamos todo, hasta las bromas. La condesa de mi amigo había fumado un cigarro por darle gusto; la mía me hacía el chocolate y no pasaba un día sin escribirme o verme; la suya, a riesgo de comprometerse, había ido a vivir a su casa durante tres días. Por lo demás, sus maridos las adoraban, y vivían esclavos del encanto que poseen todas las mujeres apasionadas; y, más necios de lo habitual, no nos causaban más miedo que el necesario para aumentar nuestros placeres. ¡Oh! ¡Qué velozmente se llevaba el viento nuestras palabras y nuestras alegres carcajadas!

Cuando llegamos a Pouilly, examiné atentamente la figura de mi nuevo amigo, y no me

costó mucho trabajo creer que fuese apasionadamente amado. Figuraos a un joven de mediana estatura, pero muy bien proporcionado y con un rostro alegre y expresivo, de cabellos negros y ojos azules, de labios sonrosados, de dientes blancos y perfectamente alineados, de facciones adornadas por una graciosa palidez, y ojeroso, como si hubiera estado convaleciente. Añadid a esto que tenía unas manos blancas bien modeladas y cuidadas como las de una mujer hermosa, que parecía muy instruido y que era divertido, y no os costará trabajo concederme que mi compañero podía hacer honor a una condesa. En fin, os diré que más de una joven lo hubiese deseado por marido, pues era vizconde y poseía de doce a quince mil francos de rentas, sin contar las esperanzas.

A una legua de Pouilly la diligencia volcó. Mi desventurado compañero consideró que, para salvarse, era preferible lanzarse al borde de un campo recientemente labrado, en vez de seguir el movimiento del coche y aferrarse a la banqueta, como hice yo. No sé si midió mal el salto, o si resbaló; lo cierto es que cayó debajo del coche, y fue aplastado por este. Lo trasladamos a la casa de un aldeano. A pesar de los gemidos que le arrancaban los atroces dolores que sufría, pudo pedirme que cumpliera uno de esos deseos que, por ser la última voluntad de un moribundo, tienen un carácter sagrado. En medio de su agonía, con ese candor del que uno es víctima a esa edad, el pobre muchacho se lamentaba del dolor que sentiría su amante si se enteraba bruscamente de su muerte por

algún periódico, y me pidió que fuera en persona a comunicársela. Después me hizo buscar una llave que llevaba colgada de una cinta y que encontré incrustada en su pecho. La saqué de la herida con la mayor delicadeza posible, sin que el moribundo profiriese la menor queja. En el momento en que me daba las instrucciones necesarias para que buscara en su casa, situada en La Charité-sur-Loire, las cartas de amor que su amante le había escrito y que me suplicó devolverle, perdió el habla en mitad de una frase; pero su último gesto me hizo comprender que la fatal llave sería para su madre la prueba de mi misión. Afligido porque no podía formular una sola palabra de agradecimiento, pues no dudaba de mi celo, se despidió con un movimiento de cejas, inclinó la cabeza y murió. Su muerte fue el único accidente funesto que causó el vuelco del coche.

—Alguna culpa tuvo él también —me decía después el conductor.

En La Charité cumplí el testamento vital de aquel pobre viajero. Su madre estaba ausente, lo cual no dejó de ser una suerte para mí. Sin embargo, tuve que calmar el dolor de una antigua criada, la cual vaciló cuando le conté la muerte de su joven amo, y cayó medio muerta sobre una silla al ver aquella llave teñida aún de sangre; pero como estaba muy preocupado por un sufrimiento aún mayor —el de la mujer a la que la suerte privaba de su último amor—, dejé que la anciana criada siguiera lamentándose, y recogí la preciosa correspondencia cuidadosamente escondida por mi amigo de un día.

El palacio donde vivía la condesa se encontraba a ocho leguas de Moulins, y para llegar a él aún había que andar algunas más campo a través, de modo que me era bastante difícil entregar el mensaje. Por una serie de circunstancias que no son del caso explicar, no llevaba más que el dinero necesario para llegar a Moulins. Sin embargo, con el entusiasmo propio de la juventud, decidí ir a pie y a toda prisa, de modo que pudiera anticiparme a las malas noticias, que caminan siempre tan veloces. Pregunté, pues, cuál era el camino más corto, y tomé el que me indicaron, es decir, los senderos del Bourbonnais, llevando, por así decirlo, la muerte sobre los hombros. A medida que avanzaba hacia el palacio de Montpersan, me asustaba más y más de la extraña peregrinación que había emprendido. Mi imaginación inventaba mil novelescas fantasías. Me representaba todas las situaciones en que podía encontrar a la condesa de Montpersan, o, para obedecer mejor a la poética de las novelas, la Julieta tan amada por el viajero. Forjaba respuestas ingeniosas para las preguntas que suponía que me había de hacer. En cada vuelta del bosque, en cada tortuoso sendero, se repetía la escena de Sosias y su linterna, en la que él le da cuenta de la batalla³. Para vergüenza de mi corazón, diré que, en un principio, no pensé más que en mi porte, en mi gracia, en la habilidad que debía desplegar; pero cuando me aproximaba ya al palacio, pasó por mi mente una reflexión, como un rayo que atraviesa y desgarrar un velo de nubes grises. ¡Qué terrible noticia para una mujer que, pensando en aquel momento en su joven amigo, esperaba indescriptibles

³ Se refiere a la escena del acto I de la comedia *Anfitrión*, de Molière, en la que Sosias habla con su linterna como si fuera un personaje.

goces después de haber tomado mil penosas precauciones para llevarlo legalmente a su casa! En fin, ¿qué hacer? Había algo de caridad, aunque cruel, en ser el mensajero de su muerte. Así que apresuraba el paso, llenándome de barro a lo largo de los caminos del Bourbonnais, y pronto llegué a una gran avenida de castaños, en cuyo extremo se dibujaron en el cielo, como nubes negras de contornos claros y fantásticos, las moles del palacio de Montpersan. Cuando llegué a la puerta de este, la encontré abierta de par en par, lo que invalidó mis planes e hipótesis. No obstante, entré con atrevimiento, y no tardaron en salir a mi encuentro dos perros que ladraban como verdaderos perros de campo. Ante este alboroto, acudió una gruesa criada, y cuando le hube dicho que deseaba hablar con la señora condesa, me mostró con la mano la espesura de un parque a la inglesa que serpenteaba alrededor del palacio, y me respondió:

—La señora está por ahí...

—¡Gracias! —le contesté con ironía. Su *por ahí* podía hacerme errar dos horas por el parque.

Entretanto, se presentó una hermosa niña de cabellos rizados, con un vestido blanco, un cinturón color rosa y una esclavina⁴ con pliegues. Al verme, como si hubiera oído o adivinado mis deseos, desapareció gritando con voz angelical:

—Mamá, aquí hay un señor que quiere hablar con usted.

Yo seguí, a través de las vueltas y las revueltas de la alameda, los saltos y los brincos de la esclavina, que, semejante a un fuego fatuo, me iba mostrando el camino que seguía la niña.

⁴ Pieza sobrepuesta que suele llevar la capa unida al cuello y que cubre los hombros.

Si he de confesarlo todo, diré que en el último arbusto de la alameda me había enderezado el cuello de la camisa y cepillado mi ajado sombrero con los faldones de la levita; estos, con las mangas, y las mangas, una con otra; después, me había abrochado cuidadosamente, me había desdoblado la parte baja del pantalón, y había frotado artísticamente las botas contra la hierba. Esperaba así no ser tomado por el recaudador de contribuciones de la subprefectura, pero, cuando hoy me acuerdo de aquel instante de mi juventud, me río a veces de mí mismo.

De pronto, en el momento en que componía mi actitud, a la vuelta de una verde sinuosidad, en medio de mil flores iluminadas por un rayo de sol, vi a Julieta y a su marido. La hermosa niña que me había anunciado llevaba a su madre de la mano, y era fácil ver que la condesa había apresurado el paso al oír la ambigua frase de su hija. Sorprendida al ver a un desconocido que la saludaba con aire bastante azorado, se detuvo, me puso una cara fríamente cortés y me hizo una adorable mueca que denotaba que sus esperanzas habían sido frustradas. Intenté, en vano, articular alguna de las galantes frases que tan laboriosamente había preparado y, mientras duró mi vacilación, el marido se presentó. Miles de ideas cruzaron entonces por mi cerebro. Por decir algo, pronuncié algunas palabras insignificantes, encaminadas a cerciorarme de si las personas presentes eran, en realidad, los señores condes de Montpersán. Estas vulgaridades me permitieron juzgar con una ojeada, y analizar, con rara

perspicacia para la edad que tenía, a los dos esposos cuya soledad iba a ser tan violentamente turbada. El marido parecía ser el prototipo de esos nobles que son hoy el adorno más hermoso de provincias. Llevaba toscos zapatos de gruesas suelas, a los cuales me refiero en primer lugar porque me llamaron la atención más que su negra y raída levita, su pantalón usado, su corbata arrugada y el cuello de su camisa abarquillado. Había en aquel hombre algo del magistrado, mucho del consejero de prefectura, toda la importancia de un alcalde de provincia al que nada se resiste y la acritud de un candidato elegible derrotado periódicamente desde 1816; se apreciaba en él una increíble mezcla de buen sentido rústico y de estupidez; carencia absoluta de modales, pero con la altivez que da el dinero; mucha sumisión a su mujer, a pesar de que creía ser su amo y señor, y de que estaba dispuesto a imponerse en asuntos insignificantes, pero no en los de verdadera importancia. Por lo demás, un rostro marchito, estragado y lleno de arrugas, algunos cabellos grises, largos y lacios, y nada más. Pero la condesa, ¡ah, qué vivo contraste ofrecía al lado de su marido! Era una mujer de pequeña estatura, de talle flexible y gracioso y de una apostura encantadora, tan delicada, que habríais temido romperle los huesos con solo tocarla. Llevaba un vestido de muselina blanca, un cinturón color rosa, un bonito gorro con cintas encarnadas y un camisolín que llenaba tan deliciosamente sus hombros y sus hermosos contornos, que al verlos nacía del fondo del corazón un irresistible deseo de

⁵ Se refiere a *Los amores del caballero de Faublas*, una novela libertina de Jean-Baptiste Louvet (1760-1797), cuyo protagonista ama por igual a sus dos amantes, la marquesa de B. y la condesa de Lignolles.

poseerlos. Sus ojos eran vivarachos, negros y expresivos, sus movimientos graciosos y su pie encantador. Respiraba tanta juventud su frente y los más insignificantes detalles de su rostro, que nadie le hubiese echado más de treinta años. En cuanto a su carácter, me pareció que participaba a la vez del de la condesa de Lignolles y del de la marquesa de B..., tipos estos de mujer que no se borran de la memoria de un joven que haya leído la novela de Louvet⁵. Comprendía enseguida los secretos de aquel matrimonio, y tomé una resolución diplomática digna de un viejo embajador. Aquella fue, sin duda, la única vez en mi vida que tuve tacto y que comprendía en qué consistía la habilidad de los cortesanos o de la gente de mundo.

Desde entonces, he tenido que librar bastantes batallas en mi vida para no hacer nada que no estuviese de acuerdo con la etiqueta y el buen tono que hacen enmudecer a las más generosas emociones.

—Señor conde, quisiera hablar con usted en privado —dije con aire misterioso, dando algunos pasos hacia atrás.

El conde me siguió, Julieta nos dejó solos y se alejó indiferente, como mujer que está segura de que podrá conocer los secretos de su marido en el momento en que desee saberlos. Conté con brevedad al conde la muerte de mi compañero de viaje. El efecto que esta noticia le produjo me demostró que sentía un vivo cariño por su joven colaborador, y ese descubrimiento me dio ánimos para dar el siguiente giro al diálogo que se entabló entre nosotros:

—Mi mujer se va a desesperar, y me veré obligado a tomar muchas precauciones para darle cuenta de este desgraciado acontecimiento.

—Señor, al dirigirme primero a usted —le dije—, he satisfecho un deber. No quería cumplir esta misión encargada por un desconocido sin antes prevenirle. Pero él me confió una especie de fideicomiso honorable, un secreto del que no tengo derecho a disponer. Según la elevada opinión que me he formado de su carácter, creo que no se opondrá usted a que cumpla la última voluntad de un moribundo. La señora condesa queda después en libertad para romper el silencio que a mí me ha sido impuesto.

Al oír el elogio que de él hacía, el aristócrata movió la cabeza con satisfacción, me respondió haciéndome un cumplido, y me dejó el campo libre. En aquel momento, la campana anunció la cena, y yo fui invitado. Al vernos graves y silenciosos, Julieta nos examinó furtivamente. Sorprendida al ver que su marido pretextaba un frívolo motivo para procurarnos una conversación a solas, se detuvo, lanzándome una de esas miradas que solo saben dirigir las mujeres, una de esas miradas que encerraba toda la curiosidad que puede permitirse una dueña de casa que recibe a un extraño, caído en su hogar como de las nubes, todas las interrogaciones que merecían mi porte, mi juventud y mi fisonomía (¡singulares contrastes!), y todo el desprecio de una amante idolatrada a cuyos ojos todos los hombres, excepción hecha de uno, no son nada: había en aquellos ojos temores involuntarios, miedo, y el fastidio de tener un

huésped inesperado, cuando esperaba, sin duda, procurar a su amor todas las felicidades de la soledad. Comprendí aquella muda elocuencia y respondí a ella con una sonrisa llena de piedad y de compasión. Después contemplé, durante un instante, a la condesa, en todo el esplendor de su belleza, en medio de un cielo sereno y de una estrecha alameda bordeada de flores, y no pude contener un suspiro.

—¡Ay, señora, acabo de hacer un penoso viaje... solo por usted!

—¡Caballero! —me replicó.

—¡Oh! —repuse—, vengo en nombre de aquel que la llama a usted Julieta —la condesa se puso pálida— al cual no podrá usted ver hoy.

—¿Está enfermo? —dijo en voz baja.

—Sí —le respondí—. Pero, por favor, tranquilícese. Me encargó que le confiara algunos secretos que la conciernen a usted, y puede creerme que jamás mensajero alguno será más discreto ni más fiel.

—¿Qué ocurre?

—¿Y si él no la amase a usted ya?

—¡Oh! ¡Eso es imposible! —exclamó, dibujando en sus labios una franca sonrisa.

De pronto sufrió una especie de escalofrío, me dirigió una mirada de espanto, se puso roja como la grana y me dijo:

—¿Está vivo?

¡Santo Dios! ¡Qué terrible pregunta! Era yo demasiado joven para resistirla; así que no respondí, y miré a aquella desgraciada mujer con aire atontado.

—¡Caballero! ¡Caballero! ¡Una respuesta!
—exclamó.

—Sí, señora.

—¿De veras? ¡Oh! ¡Dígame la verdad, podré afrontarla! Hable usted. Cualquier dolor será menos agudo que el que me causa la incertidumbre.

Respondí con dos lágrimas que me arrancó el extraño acento con el que fueron pronunciadas estas palabras.

La condesa se apoyó en un árbol, lanzando un débil grito.

—Señora —le dije—, aquí llega su marido.

—¿Es que tengo, acaso, un marido?

Y dicho esto, echó a correr y desapareció de nuestra presencia.

—Caballero, venga usted, que se enfría la comida —me dijo el conde.

Seguí entonces al dueño de la casa, que me condujo a un comedor donde vi una comida servida con todo el lujo de las mesas parisienses. Había cinco cubiertos: los de los dos esposos y el de la niña; el mío, que debía ser el suyo, y el de un canónigo de Saint-Denis, quien, tras bendecir la mesa, preguntó:

—¿Pero dónde está nuestra querida condesa?

—¡Oh! Ahora vendrá —respondió el conde, que, después de habernos servido la sopa, llenó para sí un gran plato y lo despachó en un santiamén.

—¡Oh! ¡Sobrino mío! —exclamó el canónigo—, si su mujer estuviese presente, sería usted más razonable.

—Papá se va a poner enfermo —dijo la niña.

Un instante después de este singular episodio gastronómico, y en el momento en que el conde trinchaba no sé qué pieza de caza, entró una doncella y dijo:

—Señor, no encontramos por ningún sitio a la señora.

Al oír estas palabras, me levanté bruscamente, temiendo alguna nueva desgracia, y mi semblante expresó tan vivamente mis temores, que el anciano canónigo me siguió al jardín. El marido llegó, por decoro, hasta el umbral de la puerta:

—¡Quédense! ¡Quédense! ¡No teman que ocurra nada!

Pero no nos acompañó. El canónigo, la camarera y yo recorrimos los senderos y rincones del parque, llamando y escuchando, y tanto más llenos de inquietud porque les anuncié la muerte del joven vizconde. Mientras corríamos, les conté los detalles de aquel fatal suceso, y vi que la doncella estaba muy unida a su ama, pues comprendió mejor que el canónigo mi secreto terror. Visitamos los estanques y lo registramos todo, sin encontrar a la condesa y sin ver la menor huella de su paso. Por fin, al dar la vuelta a un muro, oí gemidos sordos y profundamente ahogados, que parecían salir de una especie de granero. Entré en él, y allí descubrimos a Julieta, que, movida por la desesperación, se había sepultado en el heno, escondiendo en él la cabeza para apagar el ruido de sus sordos gritos y obedeciendo, sin duda, a un vencible pudor; allí sollozaba y lloraba como un niño, si bien su llanto y sollozos eran más penetrantes y lastimosos que los de los niños. Ya no había nada en el mundo

para ella. La criada que nos seguía irguió a su ama, que no hizo oposición ninguna, dejándose llevar con la débil indiferencia del animal moribundo. Aquella muchacha solo sabía decir:

—Vamos, señora, vamos...

El anciano canónigo preguntaba:

—Pero ¿qué le pasa? ¿Qué le pasa, sobrina?

Por fin, ayudado por la criada, transporté a Julieta a su cuarto; recomendé que la vigilaran y que dijese a todo el mundo que la condesa tenía jaqueca. Después, el canónigo y yo volvimos a bajar al comedor. Hacía ya algún tiempo que nos habíamos separado del conde, y yo no pensé en él hasta el momento en que me encontré bajo el peristilo. Su indiferencia me asombró; pero mi asombro fue mayor cuando lo encontré filosóficamente sentado a la mesa: se había engullido casi toda la comida, con gran placer de su hija, que sonreía al ver a su padre en flagrante delito de desobediencia a las órdenes de la condesa. La singular indiferencia del marido me fue explicada por el ligero altercado que se promovió de pronto entre el canónigo y él. El conde estaba sometido a una dieta severa que los médicos le habían impuesto para curarle de una enfermedad cuyo nombre no recuerdo ahora, y llevado de esa glotonería feroz tan frecuente en los convalecientes, el apetito de la bestia pudo en él más que todos los remilgos del hombre. En un momento, vi allí la naturaleza en toda su verdad, bajo dos aspectos que ponían lo cómico en el seno del más horrible dolor.

La velada fue triste. Yo estaba muy cansado; el canónigo empleaba toda su inteligencia en

adivinar la causa del llanto de su sobrina, y el marido hacía la digestión, después de haberse contentado con una explicación bastante vaga que, por medio de la doncella, le hizo dar de su malestar la condesa, el cual creo que fue atribuido a las indisposiciones naturales de la mujer. Todos nos acostamos muy temprano. Cuando pasaba por delante del cuarto de la condesa para ir al mío, pregunté tímidamente por su estado. Al reconocer mi voz, me hizo entrar y quiso hablarme; pero, como no podía articular palabra, inclinó la cabeza y yo me retiré. A pesar de las crueles emociones que acababa de experimentar con toda la buena fe de mis pocos años, dormí abrumado por el cansancio de una marcha forzada. A una hora avanzada de la noche fui despertado por el ruido que produjeron las anillas de mis cortinas, violentamente descorridas, y vi a la condesa sentada al pie de mi cama. Su rostro recibía de lleno la luz de un quinqué colocado sobre la mesilla.

—¿Es verdad, señor? —me preguntó—. No sé cómo puedo vivir después del horrible golpe que acabo de recibir; pero en este momento me siento tranquila. Quiero saberlo todo.

«¡Qué serenidad!», me dije, al ver la espantosa palidez de su rostro, que contrastaba con el color moreno de sus cabellos, y al oír los sonidos guturales de su voz, atónito ante los estragos que revelaban sus alteradas facciones.

La condesa estaba ya descolorida, como una hoja despojada de sus últimas tonalidades por los aires del otoño. Sus ojos, encendidos e hinchados, desprovistos de toda su belleza, no reflejaban

más que amargura y profundo dolor. Hubierais dicho que era una nube oscura aquello que unas horas antes parecía un sol.

Le repetí sencillamente, pasando por alto ciertos detalles que hubiesen sido demasiado dolorosos para ella, el repentino accidente que la había privado de su amigo. Le conté la primera parte de nuestro viaje, tan llena de recuerdos de su amor. No lloró: escuchaba con avidez, con la cabeza inclinada hacia mí, como un médico que escudriña una dolencia. Aprovechando un momento en que me pareció que había abierto su corazón al sufrimiento y que quería zambullirse en su desgracia con todo el ardor que procura la primera fiebre de la desesperación, la hablé de los temores que agitaron al pobre moribundo y le dije cómo y por qué me había encargado aquel fatal mensaje. Entonces, sus ojos se secaron con el sombrío fuego que brotaba de las regiones más profundas de su alma, y palideció aún más. Cuando le entregué las cartas, que guardaba bajo mi almohada, las tomó maquinalmente, se estremeció y me dijo con voz ronca:

—¡Y yo que he quemado las tuyas! ¡No me queda nada de él! ¡Nada!

Y se golpeó con fuerza la frente.

—Señora —le dije; y me miró con un movimiento convulsivo—, corté de su cabeza un mechón de cabellos que traigo aquí.

Y le presenté aquel último e incorruptible despojo de aquel a quien ella amaba. ¡Ah! ¡Si hubieseis sentido como yo las ardientes lágrimas que cayeron entonces en mis manos, sabrías lo que es

la gratitud! Me estrechó las manos, y con ojos candentes por la fiebre, que reflejaban su débil consuelo a través de horribles sufrimientos, me dijo con ahogada voz:

—¡Ah! ¡Usted ama! ¡Sea feliz, y ojalá que no pierda nunca a su ser querido!

Y dichas estas palabras, huyó con su tesoro.

Al día siguiente, aquella escena nocturna, confundida con mis sueños, me pareció una ficción. Para convencerme de la dolorosa verdad, fue preciso que buscase las cartas debajo de mi almohada y que viese que ya no estaban. Creo inútil contaros los acontecimientos del día siguiente. Permanecí aún algunas horas con la Julieta que tanto me había alabado mi compañero de viaje. Las menores palabras, los gestos, las acciones de



aquella mujer, me probaron la nobleza de su alma y la delicadeza de sus sentimientos, que hacían de ella una de esas criaturas nacidas para el amor y la abnegación que tan escasamente se encuentran en la tierra. Por la tarde, el conde de Montpersan me acompañó en persona hasta Moulins, y al llegar a este punto me dijo con una especie de azoramiento:

—Caballero, si no fuese abusar de su amabilidad y obrar indiscretamente con un desconocido al que debemos ya favores, le rogaría que tuviese la bondad de entregar, en París, en casa del señor de... (he olvidado el nombre), en la calle du Sentier, una suma que le debo, y que me ha rogado que le devuelva cuanto antes.

—Con muchísimo gusto —le contesté.

